

¿Justicia sin víctimas? ¿Paz con derrotados?*

Justice Without Victims? Peace Without Vanquished?

Judith Nieto**

Introducción

Colombia reeligió a su mandatario, agobiada por uno de los momentos más críticos del conflicto armado, en medio del cual las posibilidades de alcanzar un acuerdo que dé salida al mismo, al parecer, están canceladas. Estas líneas, provenientes más de una mirada objetiva a la situación actual del país que de la postura pesimista de quien responde por ellas, sólo pretenden presentar al nuevamente electo presidente una preocupación, tanto del común de los colombianos como de los académicos, a saber, que es urgente pensar en una opción para superar el conflicto, pues los límites de éste han alcanzado extremos que inexplicablemente parecen no llegar a la saturación, a excepción de ciertos

sectores sociales y de la sociedad civil en general, quienes claman por un pronto y definitivo final de la crisis, en el cual los beneficiados sean todos, en especial las víctimas.

Las víctimas, sólo en su reconocida condición, en su palabra recuperada, pueden dar a conocer las razones que las llevan a considerarse y sentirse como tales; en consecuencia, deben ser privilegiadas en todos los discursos y actos producidos, en adelante, en materia de conflicto.

En el contexto del proceso de campañas electorales, previo a la gran jornada democrática realizada el domingo 28 de mayo del año pasado, visitó el país el historiador y académico español Mario López Martínez, quien, además de

[169]

* Estas páginas fueron logradas a partir de dos entrevistas realizadas a Mario López Martínez, académico, investigador, miembro y profesor del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (España), por los diarios *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga y *El Tiempo* de circulación nacional. En este último diario también se citan apartados de dos análisis de opinión publicados el 10 de mayo del 2006. También se tomaron citas del informativo semanal *Vivir la UNAB*, difundido por la Universidad Autónoma de Bucaramanga, y de la publicación quincenal en formato de periódico *15 La ciudad vive*, Bucaramanga Metropolitana, del 15 al 31 de mayo de 2006.

** Doctora en Ciencias Humanas. Mención "Literatura y Lingüística" de la Universidad Austral de Chile. Actualmente, profesora asociada de la Universidad Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía. judithnieto@une.net.co

Entrevista

participar en eventos universitarios dedicados a la reflexión de problemáticas centrales, fue entrevistado por diversos medios de prensa escrita regional y nacional. López respondió preguntas concernientes a la situación actual del país en materia de conflicto y otras inquietudes relacionadas con las últimas elecciones presidenciales; así se expresó refiriéndose al posible candidato ganador: “Si yo fuera presidente [de Colombia] nunca diría que voy a derrotar a los actores armados, porque nunca se construye la paz sobre la base de derrotar a los otros”.¹

[170]

Son las palabras pronunciadas por Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación, miembro del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (España), quien expresó interesantes planteamientos en torno a su recorrido teórico sobre problemas de palpitante actualidad para los colombianos: la reconciliación, las víctimas, las comisiones de la verdad (para nuestro caso la Comisión de Reconciliación y Reparación), la reinserción y lo que él ha llamado la gramática de la reconciliación (hoja de ruta) aplicable a los

procesos de paz en territorios de marcado conflicto, como ocurre con el caso colombiano.

Asimismo, en sus planteamientos y en dos entrevistas publicadas por los diarios *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga, y *El Tiempo*, de circulación nacional, el mencionado experto expone, además de su visión, sus esperanzas y recomendaciones para superar el conflicto armado colombiano, e insistió en la prioridad que deben constituir las víctimas para la Comisión Nacional de Reparación. También resultan interesantes sus consideraciones acerca de los grupos de autodefensas hasta ahora “desmovilizados” y en vía a la reinserción.

Frente a los victimarios debe procurarse —invoca el experto— la búsqueda de una manera conciliada de los poderes, para el caso: el político y el armado, de tal manera que el debate sobre cuál es el más poderoso se extinga y logre, para bien de todos, un equilibrio libre de retaliaciones futuras, e impida, de esa manera, nuevas manifestaciones de violencia por una de las partes, máxime cuando se está en pleno proceso de acercamiento y de búsqueda de acuerdos.

¹ Mario López Martínez. “Los que más tienen deben ser los más generosos con la paz”. *Vanguardia Liberal*. Bucaramanga, abril de 2006, *Vanguardia & Cultura*, 176829, p. 9.

1. Desmovilizados, mas no reinsertados

Acerca del programa de *reinserción* promovido durante los dos últimos años por el gobierno nacional, López Martínez expresa sus consideraciones provenientes de una observación cuidadosa del mismo y frente al cual sostiene que deben evitarse errores que hagan similar nuestra situación a lo ocurrido en El Salvador y Guatemala, países donde la entrega de las armas no dio la respuesta de paz esperada, pues ante la ausencia de claros programas de *reinserción* la etapa posterior se materializó en una crisis generadora de otro tipo de violencia, la social. Se dio, entonces, el tránsito de una crisis a otra que pudo ser la continuación de la que se pretendía superada y esto es lo que debe impedirse que prospere en nuestro país.

A su modo de ver, sería impensable que de la violencia política pasáramos a profundizar la social, ya establecida y que opera de manera casi paralela a la primera. Para evitar que lo anterior suceda, López Martínez piensa que es necesario reorientar lo que se ha

hecho hasta ahora: “Yo creo que se han cometido algunos errores, pero estamos a tiempo todavía para corregirlos. La vía de la corrección sería aumentar el grado de transición desde el proceso de dejar las armas, a la *reinserción* social. Creo que habría que alargarse ese proceso más y hacerle un seguimiento mucho más profundo de carácter psicosocial.”²

Se explica así que la *desmovilización* sea diferente a la *reinserción*; un paso vital para ésta última es, sin duda, la dejación de las armas, pero una consecuencia inmediata, como bien lo plantea el experto español, no es la *reinserción*; la *reinserción* es un efecto posterior y debe darse como consecuencia, pero una vez se haya pasado por etapas previas que toman su tiempo tanto a los *desmovilizados* como a los organizadores gestores de la *reinserción*. Primero, porque hay que superar y en lo posible abandonar el estigma con el cual reingresan los *desmovilizados* a la sociedad civil; un estigma que obliga, por ejemplo, a volver al nombre propio, a recuperar la identidad abandonada una vez se hicieron combatientes, y sólo este punto necesita tiempo.

[171]

²Id., “Entrevista con Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación”. El Tiempo, [Periódico en línea], 2006, disponible en: <http://eltiempo.terra.com.co/coar/ANALISIS/analisis/> consulta: mayo de 2006.

Entrevista

¿Por qué la importancia del nombre? Porque sólo es posible pensar en un yo autónomo a partir del nombre. Ser nombrados no es sólo una etiqueta de diferenciación con los demás es el implícito ético que se proyecta hacia la identidad, y en esto me uno al profesor López para quien la reinserción no constituye el mero abandono de las armas, sino que es algo más complejo sobre lo cual también tendrá que trabajar el mandatario reelegido, en asocio con los colombianos que deseen comprometerse, desde los actos y las palabras, a acompañarlo, aunque también a criticarlo, siempre y cuando sus actuaciones así lo demanden.

[172]

Otra de las situaciones que, a juicio del mencionado académico, debe revisarse acerca del proceso con los desmovilizados es la relacionada con la entrega de dinero, llámese sueldo o subsidio; éste es otro de los errores que ha tenido el actual proceso y que, en lo posible, debe reconsiderarse.

A un desmovilizado no debe atenderse con este tipo de auxilios: “[Requiere] de planes integrales de inserción en la comunidad, y la comunidad debe ser la beneficiaria última de ese proceso de reinserción.

Hay que apoyar económicamente a los empresarios, a los ayuntamientos [municipios], a los departamentos que estén dispuestos a colaborar en este proceso. Evaluar permanentemente ese proceso.”³

En consecuencia, en esta etapa se debe poner atención sobre quienes reciben a los desmovilizados, pues aquéllos, junto con el Estado, serán garantes y acompañantes de su posterior reinserción. Más aún, debe adelantarse otra labor de preparación con las comunidades que acogerán a estos grupos o a algunos miembros, dado que estas comunidades van a disponer su territorio, y a sí mismas, para que quienes por un tiempo actuaron como victimarios ahora se reincorporen a una sociedad y a unos lugares donde posiblemente deban compartir con las víctimas; víctimas que, infortunada e inexplicablemente, han estado por fuera de las múltiples consideraciones que se han hecho del conflicto en nuestro país.

Esta situación ha llegado hasta el punto que los politólogos han llamado la atención sobre la rara premisa que subyace al conflicto nacional y a la condición de víctimas: “Se habla del conflicto, pero no de las víctimas”,⁴ omisión que se ha

³ *Ibíd.*

⁴ María Angélica Bueno Cipagauta. “Se habla de conflicto, pero no de sus víctimas”. La Ciudad Vive. Bucaramanga Metropolitana, Bucaramanga, 15-31 de mayo de 2006, p. 12.

generalizado hasta hacer tan visible tal ausencia que posibilita una construcción de una paz que supone un “conflicto sin víctimas”. Estas circunstancias alcanzan a explicar por qué las víctimas han pasado a un segundo lugar y por qué no se cuentan dentro de las prioridades en asistencia de todo orden.

2. ¿Conflicto sin víctimas?

Si se acoge la idea según la cual hoy el sentido de justicia no se ciñe estrictamente a castigar al responsable y al culpable, sino que incluye la obligación de la reparación de los daños que éste genera a las víctimas, se hace imprescindible la memoria. De ahí que para el caso colombiano sea urgente incluir la memoria en estos procesos donde se procura hacer justicia con los afectados por el conflicto, dado que se requiere descubrir, conocer la verdad, la misma que es posible alcanzar mediante los actos de recordación conseguidos en particular por las víctimas. Aunque se lea en tono categórico, sólo la recuperación de la memoria puede operar como condición básica para evitar la repetición, en el futuro, de ominosos

hechos del pasado que no dejan de hacerse presente, especialmente en los supervivientes. Cabe destacar que hay víctimas cuando un ajeno al conflicto, un inocente, sufre por un acto de violencia.

Debe tenerse presente en esta breve reconstrucción del sentido de víctima que el daño,⁵ las lesiones ocasionadas a ésta, puede tener diferentes alcances: directos, cuando los perjuicios recaen directamente sobre el afectado, por medio de asesinatos, secuestros, chantajes, amenazas; y los daños que repercuten en la sociedad, caso en el que se hablaría de una víctima plural, social, venida de esa que aparenta ser sólo individual. Estos dos tipos de víctimas —habrán otros más, sin duda— son los más visibles en el conjunto de la sociedad colombiana tan herida tanto por los hechos de las masacres del pasado, como por la forma en que se ha creado el programa de justicia “exclusivo” para algunos de los reconocidos protagonistas del conflicto nacional. Sobre este aspecto también se refirió López Martínez, quien advierte: “Es fundamental garantizar que en el proceso no terminen teniendo más ventajas los victimarios, mientras las víctimas pasan a un segundo plano”.⁶

[173]

⁵ Se acogen aquí los planteamientos que en tal sentido desarrolla el filósofo Español Reyes Mate y que son retomados por el profesor Alfonso Monsalve en su columna titulada: “No todos los que sufren son víctimas”. Publicación del periódico El Mundo de Medellín, domingo 18 de febrero de 2007. p.

⁶ Mario López Martínez. *Op. Cit.*, “Entrevista con Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación”.

Entrevista

Con lo anterior, y en atención a la última afirmación, conviene tener en cuenta que todo proceso que aspire a superar el conflicto debe privilegiar un lugar para las víctimas, pues no se trata de atender sólo a los desmovilizados, sino también, y de forma igualmente prioritaria, a quienes fueron su objetivo: sus víctimas, igualmente necesitadas del resarcimiento, pues es sobre éstas que ha recaído la destrucción personal, material, moral, afectiva y familiar, por destacar sólo algunas de las afecciones.

[174] En el caso de seguir con la pretensión de lograr la paz sin considerar a las víctimas, señala el especialista, se estaría indicando una ruta desequilibrada y, en consecuencia, poco segura para el alcance de la superación del conflicto y el logro de una posible convivencia pacífica. Para argumentar el lugar de las víctimas, López Martínez afirma: *“No podemos de alguna manera compensar mejor a los victimarios que a las víctimas. Creo que ambos elementos tienen que estar presentes para cualquier gobierno, para cualquier Estado o sociedad. Pero no podemos desequilibrar este proceso”*.⁷

⁷ *Ibíd.*, pp. 2-3. (cursivas agregadas)

Que las víctimas recuerden y hablen es importante en todo intento de acuerdo de paz, independientemente de que éste pueda llegar a frustrarse; es una manera de tenerlas presentes, de reconocerlas, de hacerlas parte crucial del conflicto. Pero también hay otras víctimas que deben tenerse en cuenta, se trata de las que no hablan y que no pueden hacerlo porque su grado de prendimiento se prolonga tanto como su indefensión: son las víctimas que permanecen en silencio porque no pueden hablar, porque no se les permite hablar, porque no se sabe dónde están, porque sus voces, como sus personas y hasta sus cadáveres, están secuestrados. El silencio de quienes no pueden hablar es importante en este proceso, su opinión política es tan importante como la de quienes se han asociado para poder contarla, y es importante tenerla en cuenta antes de sufrir consecuencias aun más trágicas.

3. Una gramática de la reconciliación

La gramática de la reconciliación es necesaria cuando se está de cara a la salida negociada del conflicto. Para hablar de dicha

gramática, el profesor López considera primero una metáfora que nombra como telaraña; con ésta quiere mostrar que cuando una sociedad aborda un proceso de reconciliación está ante un escenario en el que confluyen diversas realidades, entre las cuales se tiene que priorizar, pues lo que para unas sociedades es importante, para otras no. Por ejemplo, el tema de la justicia es prioritario para algunas sociedades, para otras el de la verdad, otras en cambio pueden optar por una suerte de olvido del pasado; éstas son algunas de las perspectivas que pueden conducir a un proceso de reconciliación. Mas aún, éste es pensable y posible siempre y cuando, en casos de derrota, no se erija el estandarte de la victoria, así el vencido sea el enemigo.

Una vez se prioricen los objetivos, de acuerdo con las realidades que presente cada sociedad, vendrá una nueva fase para trabajar en pro de la reconciliación por medio de un trabajo pedagógico, denominada por el profesor López como la construcción de una gramática de la reconciliación: “Donde unas normas hagan posible la comunicación, y cada sociedad encuentre su propia gramática, para a partir de allí hacer todo el

proceso”.⁸ Desde luego que para el caso colombiano, la definición y el desenmarañamiento de la verdadera telaraña en la que se encuentra el país implica desenredar el hilo a partir de una profunda reflexión que logre capitalizar y hacer surgir el valor concedido a los conceptos que se quieren privilegiar, ya sean la verdad, la justicia, la reparación o el perdón; así como la definición de las víctimas y su diferencia con los victimarios. Precisiones que, sin duda alguna, permitirán el avance en materia de comprensión del conflicto así como sus alcances para la paz.

Algo queda claro, luego del panorama observado y descrito por López Martínez, la salida del conflicto sólo depende de la propia sociedad colombiana —con ayuda, si lo quiere, de la sociedad internacional, de aquellos que estén dispuestos a colaborar y ayudar a salir del conflicto armado. Es ella la que determinará cómo abandonar la telaraña y pensar en la construcción de una hoja de ruta creíble, es decir, una gramática de la reconciliación donde puedan establecerse las fases que posibiliten avanzar en ese proceso y donde se puedan unir otros actores que ahora no creen en el proceso de construcción de la paz.⁹

[175]

⁸ Mario López Martínez. *Op. Cit.*, “Los que más tienen deben ser los más generosos con la paz”. p. 8.

⁹ Mario López Martínez. *Op. Cit.*, “Entrevista con Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación”.

Entrevista

Es necesaria, entonces, la vinculación de los escépticos, de quienes se espera una actitud diferente, pues no tiene sentido pensar en la continuación de un proceso de paz y capitalizar para éste las derrotas o los sinsabores pasados, cuando pueden hacerse más esperanzadores los gestos y acciones por venir. De continuar en una actitud como ésta, la de un pesimismo sin límite, no se estaría haciendo algo diferente a seguir frustrando procesos generadores de crecientes decepciones.

[176]

En la denominada hoja de ruta, pensada por un grupo de expertos evaluadores de cuarenta comisiones de la verdad en el mundo, entre quienes se cuenta el historiador que ha motivado esta meditación, se proponen seis fases diseñadas a partir de su experiencia. Éstas pasan a ser “El escenario en el que se da la oportunidad para que todos los actores concurren ante la sociedad públicamente, se facilite la catarsis y purificación colectiva y se haga un proceso pedagógico y un juicio psicoanalítico”.¹⁰

Como puede apreciarse, la importancia de esta propuesta consiste en vincular a toda la

sociedad en el proceso de reconciliación, por ello se requiere un gran pacto social que conduzca a la generación de una ruta de paz consensuada, establecida y continuada por los gobernantes futuros. No tendría mayor significado si ésta fuese temporal o por un determinado periodo presidencial, pues una ruta de paz trasciende los gobiernos, según indica López Martínez, para quien, las seis fases de *La gramática de la reconciliación* bien pueden adaptarse al caso colombiano. Éstas son:

Primera fase. “Reconocimiento sociopolítico y moral de que ha habido víctimas y victimarios”. Éste implica escuchar las voces que han estado calladas, lo cual requiere la reconstrucción de la memoria histórica bajo el mandato de un no al olvido. Esta fase supone una sociedad que no esté resignada a la desmemoria, sino más bien que se ponga de cara a la reconstitución de sus propios olvidos.

Segunda fase. “Elaborar el catálogo de errores y de horrores del conflicto”. Es el momento de determinar cuantitativamente los daños y sus responsables explícitos e implícitos. A partir de esta fase se

¹⁰ Mario López Martínez. “La gramática de la reconciliación” (hoja de ruta) *El Tiempo*, [Periódico en línea], 2006, disponible en: http://eltiempo.terra.com.co/coar/ANALISIS/analisis/ARTICULO-PRINTER_FRIENDLY-... consulta: mayo de 2006.

determinan los alcances estructurales del terror y los peligros que puede conllevar el olvido sobre el mismo, de ahí la importancia de hacer vigente la memoria de las víctimas. Es aquí donde se “generan propuestas políticas y económicas y se elaboran los informes del ‘nunca más’”. Este último, un propósito costoso pero invaluable y que constituye una forma de asumir las responsabilidades en el conflicto y también de hacer inteligible lo acontecido.

Tercera fase. “Del perdón, del reconocimiento y de las formas de justicia”. Se trata, como bien lo expresa su autor, de la recuperación de la confianza y del abandono del miedo. Para tal avance son necesarios algunos —gestos yo prefiero denominarlos actos—, entre los que están: una labor pedagógica materializada en arrepentimiento por parte de los victimarios, manifestaciones institucionales a partir de “gestos públicos y simbólicos” y evitar la impunidad al precio que sea; es decir: “no renunciar a ninguna forma de justicia penal nacional o internacional”.

Cuarta fase. “Definir quiénes son los actores directos de la reconciliación pacífica”, hecho que demanda la presencia unánime de la sociedad y que incluye: víctimas,

mediadores, Iglesia, medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales (ONG). En esta fase se define cómo y dónde se desarrollará la etapa de reinserción, la cual amerita un seguimiento constante que lleve a la corrección de errores o a la capitalización de ganancias. Se trata de apoyar a quienes acojan a los victimarios y de adelantar el debido reconocimiento a las víctimas. Como puede apreciarse, sobre este último punto hace particular hincapié el generador de dicha propuesta, dado que es impensable cualquier propuesta de paz si se excluye a las víctimas y se privilegia a los victimarios, como se ha visto en el caso de los desmovilizados.

Quinta fase. “Plan general y planes específicos para la reconstrucción económica y psicológica que le permitan a la sociedad reinsertarse en la economía global”. Es el momento de las inversiones en lo social, partiendo de la educación en procesos de paz y la recuperación socioeconómica de las víctimas y los lugares de procedencia. La inversión aquí busca recuperar pérdidas significativas tales como: la material, la ambiental, la afectiva, la emocional y la social.

Sexta fase. “Modelo sociopolítico de convivencia y

Entrevista

democracia". Implica la apropiación de todas las consecuencias de la confrontación y, a partir de éstas, repensar el país en materia de estructuras que lleven a la recuperación de la legitimidad de ciertos poderes, como el jurídico y el gubernamental. Con estos poderes consolidados se debe avanzar en procesos que también conduzcan a la recuperación o nueva conformación de las identidades del país. Aquí, como en todo modelo de convivencia, se requiere la construcción de unos criterios mínimos de alcance ético, como son: el reconocimiento de la diferencia en un mundo de marcada pluralidad, la lucha por el logro de la equidad — urgente en una sociedad creciente en desigualdad como bien se aprecia en el caso colombiano— y la necesidad de que todos tengan la convicción de que la superación del conflicto alberga intereses comunes; en ningún momento, beneficios particulares.

La adopción y, a su vez, adaptación de esta hoja de ruta por parte del ejecutivo, resulta fundamental para procurar hacer objetivos los avances en la salida del conflicto, en la reinserción de todos sus protagonistas y en la recuperación de quienes lo han padecido y han permanecido expuestos a la suerte del desconocimiento y, hasta podría decirse, que al olvido: las víctimas.

Esto, paralelamente a una deseable modificación sustancial de la política de paz, en particular a la nueva Ley de Justicia y Paz, como lo demanda en el último informe la Alta Comisionada para los Derechos Humanos en Colombia.

Los hechos y la situación actual del país dan cuenta de que sólo se trataba de una aspiración, pues la gran esperanza en una sustancial reforma a la Ley de Justicia y Paz, se ha esfumado. Ley de la que hoy puede declararse, sin temor a equivocación, que fue aprobada por "unos", los congresistas acusados por el vergonzoso escándalo de la parapolítica y en beneficio de quienes, además de sus ilícitas ganancias, han cobrado una suma incalculable de víctimas al país. Hechos que demuestran cómo aquí continúa la supremacía de la fuerza por encima de lo demandado por la ley. Y, en consecuencia, lo que ha sobrevenido para la sociedad colombiana es una profunda decepción, cuyo afecto parece haberle ocasionado una parálisis que se intenta curar mediante encuestas que también, a la "fuerza", procuran recuperar la imagen languidecida del mandatario. Un presidente que, a menos de un año de su segunda posesión, tuvo que hacer esfuerzos para gobernar en un país marcado por lo siniestro, como su caribe de hoy.

[178]

4. Mantener una política de diálogo

Para concluir este análisis es necesario mencionar las preocupaciones que plantea Mario López Martínez sobre un país como Colombia, al cual le encuentra más ganancias que pérdidas. Se trata de procurar, para una salida de la crisis, una reflexión de alcances morales e intelectuales, pues en los tintes que toma el conflicto se nota que dicha reflexión no se ha adelantado con la profundidad que amerita, y ello se explica por el grado de deterioro apreciable en los medios elegidos para el alcance de los fines. Para ello recomienda que la violentología y los académicos en el tema —que tanta luz nos han dado sobre la complejidad del proceso colombiano— empiecen a orientar buena parte de sus investigaciones a hacer más énfasis en la capacidad de construir paz que tiene una parte de la sociedad colombiana [...].¹¹

Puede agregarse a este llamado otro que lleve a mantener una política de diálogo, incluso en aquellos momentos de falta de progreso o de estancamiento de las conversaciones. Desistir del diálogo en razón de los obstáculos que le son propios es

nefasto para las partes comprometidas y puede traer insuperables decepciones a las sociedades. De este punto puede dar testimonio la sociedad colombiana, víctima de una incomprensible y prolongada lucha, y escéptica ante las promesas de paz de cada gobierno, ya que las asume como preámbulo de nuevas espirales de una lucha armada temida por la comunidad nacional e ignorada deliberadamente por la internacional. Desconocidos son los acuerdos de paz reanudados en medio de una desconfianza tal que sólo conduce a la espera de su presagiada frustración y, en consecuencia, a su irremediable condena: la del olvido precedido en el común de los casos a un no querer saber de otro malogrado intento de alcanzar la paz.

5. Reconciliación sin olvido (conclusión)

Ya se ha expuesto que las víctimas o quienes sufren pese a ser ajenos al conflicto deben tenerse en cuenta cuando se trata de un proceso de paz con miras a la reconciliación. Ello implica hacer vigente la memoria de las víctimas, incluida entre éstas la sociedad civil, puesto que, como también se ha afirmado, ha sido

[179]

¹¹ Mario López Martínez. *Op. Cit.*, “Entrevista con Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación”.

Entrevista

afectada y ha resultado golpeada por un conflicto que supera las cuatro décadas y cuyos alcances de solución, confundidos en la espiral del mismo, los hace ver cada vez más insuperables.

Esto se expone en el afán de conseguir una reconciliación sin olvido y una reivindicación de la memoria en todo proceso del talante que ahora interesa. En consecuencia, estar centrado en cómo lograr la superación del conflicto colombiano es un preámbulo obligado para entender que, sin lugar a dudas, entre el conjunto de las fases destacadas, la gramática de la reconciliación y la hoja de ruta emanada de ésta, sobresale la importancia de elaborar el catálogo de errores y horrores del conflicto, sólo esta especie de inventario, para el que son imprescindibles las víctimas, podrá ayudar a conocer la verdad, pues aspirar a la reconciliación, hecho que requiere hablar de la misma, obliga a contar la verdad y con ésta a reconocer que se ha hecho daño, un daño quizá irreparable dado que toda víctima llevará de por vida la huella de esa acción.

En consecuencia, y luego de hacer un repaso distanciado de lo destacado en esta disertación, conviene considerar la necesidad de pensar en una reconciliación sin olvido; de hacer presente la memoria

de los hechos y los días, testigos de la prolongada crisis a la que ha sobrevivido el país.

Se trata de hacer urgente el llamado al tema de la memoria y el olvido, en un escenario que, valga la reiteración, en ningún momento ha estado exento del conflicto y de sus efectos. Todo esto sin excluir la mirada de perplejidad a la que nos han abocado algunas situaciones propias del panorama político nacional, las cuales tornan a la sociedad civil en asistente de una realidad extraña.

Aquí y ahora se tienen que recordar las ocasiones en las cuales, desde la instancia oficial y desde el actual gobierno en su primer mandato, se llegó a sugerir una demanda de olvido al pasado y a los terribles hechos que han herido el espíritu y la piel de ciudadanos inocentes y ajenos al conflicto. Este llamado, al parecer, no impactó a los destinatarios del mismo, a los colombianos víctimas directas o ajenos a la lucha prolongada, a quienes diariamente y en medio de otro intento de acuerdo de paz se les ha pedido e invocado al olvido. Mientras las reacciones frente a tal demanda son pocas, como si no implicara nada el hecho de solicitar el olvido, de hacer vigente la omisión y desterrar así un pasado que, aunque siniestro, también es constitutivo de lo que hoy somos y de lo que hemos dejado de ser.

Este apartado refuerza el propósito mantenido a lo largo de la disertación: promover, a partir de una reflexión académica, una meditación en torno a los alcances y la conveniencia de la memoria para hacer vigente la historia propia y para impedir que los hechos nefastos del pasado se repitan. De igual manera, la intención aquí mantenida pretende llamar la atención sobre los peligros acarreados por un olvido declarado de la misma, más aún, cuando éste sucede por obediencia a un mandato y no por un deseo o una libre decisión.

Para nadie es desconocido que pensar la memoria es pensar la historia, es remitirse a un pasado del cual aún están vivas sus huellas, las cuales nos recuerdan a diario que algo ha sucedido en una historia, en la nuestra, que no merece olvidarse, que debe mantenerse vigente, bien por efecto de la palabra, bien porque si se maneja el axioma de que cada vez que se recuerda es como si se despertara, entonces no habrá otra salida que la necesidad de resolver los recuerdos por medio de la mejor vía: la de vivir el pasado sin retaliaciones; salida sana que promete la reconciliación e imposibilita el olvido.

Se trata pues, de procurar una fenomenología de la memoria,¹² la cual es posible siempre y cuando se cuenten como esenciales otras emociones que pueden simbolizarse, como el reencuentro, el imposible acuerdo, el odio, la vulnerabilidad, la desprotección y el rechazo, destacables entre muchas otras. La aspiración —y esta es una apelación tomada de *La gramática de la reconciliación*— es la reivindicación de una memoria que al ejercitarse en términos individuales y colectivos lleva a conocer y a comprender el sentido de algo que se ha interiorizado y que también ha pasado por experiencias que van más allá de lo emocional, es decir, que se han vuelto corporales; sí, la memoria requiere del cuerpo, en cuanto éste se vuelve centro de la acción emotiva que concibe, como bien se constata desde la filosofía.

En conjunto con la mencionada fenomenología de la memoria conviene destacar un punto importante acerca de la dimensión política que subyace a todo asunto de la misma, basta con reconocer que las naciones son un constitutivo colectivo legitimado en el hecho que más las asocia: la memoria. Es ésta una razón de peso para ir al rescate del recuerdo y superar la tendencia al olvido, cuya

[181]

¹² Véase: Judith Nieto López. “El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos”. *Reflexión Política*, 15, Bucaramanga, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Autónoma de Bucaramanga, junio de 2006, pp. 80-92.

Entrevista

función se distancia de la que cumple la memoria: legitimar el ejercicio político adelantado a diario por quienes son la razón de ser de una nación, no otros que sus ciudadanos, portadores de su memoria o de esa barrera de recuerdos que opera a diario contra los males de la amnesia colectiva.

Con lo anterior es necesario acudir, aunque brevemente, a Paul Ricoeur, quien en su obra *La memoria, la historia, el olvido*,¹³ deja claro cómo el deber de la memoria constituye a la vez la cima del buen uso y del abuso en el ejercicio de la misma.¹⁴ Lo que sucede ante el hecho de acordarse, expresa el pensador francés, es la satisfacción del recuerdo y “En efecto, es a este tesoro de olvido donde recurro cuando me viene el placer de acordarme de lo que una vez vi o sentí, aprendí o conseguí”.¹⁵ Acordarse, según Ricoeur, es mantener vigente el objeto, el motivo que se rememora: es ver como propio el proyecto de “una experiencia para siempre”. Se confirma así que olvidar

o buscar la amnesia por obligación, por mandato, como se ha intentado, trae un sabor indeseado, como el que deja una pérdida, el desvanecimiento de una presencia grata, sabor que persiste, así la obstinación por borrarlo de la memoria se acrecienta.

Atraer para estas páginas una breve meditación sobre el complejo tema que constituye el olvido, en un proceso de reconciliación, es un ejercicio que puede resultar valioso en el contexto colombiano; donde el prolongado conflicto, con sus visibles efectos, aspira a borrarse del recuerdo individual y colectivo, a fin de atraer una ilusión más engañosa que real: definida en un aquí y ahora donde no ha sucedido nada, no ha quedado nada, todo se ha vuelto un pasado adueñado de la no recordación.¹⁶

Así, como bien se ha visto, particularmente en los dos últimos años dedicados a la polémica instauración de la Ley de “Justicia y Paz”, recientemente sancionada, se pretende limpiar un territorio de las

¹³ Véase: Paul Ricoeur. “Un alegato en favor de la memoria”. En: *La memoria, la historia, el olvido*. México, Fondo de cultura económica, 2004.

¹⁴ *Ibid.*, p. 118.

¹⁵ *Ibid.*, p. 535

¹⁶ Estas palabras hacen eco del documental titulado *La Sierra*, dirigido por la comunicadora Margarita Martínez y en el cual, en simultáneo, se vive obstinado en el horror de la guerra entre grupos al margen de la ley y la “aspiración” de no seguir, de salirse del conflicto, de pensar en otras posibilidades, pese a que los actores del mismo ven tal deseo como imposible, pues “están demasiado calientes” para abandonar lo ya emprendido. En el eco de sus palabras resuena: “yo he vivido una guerra y otra guerra, y otra guerra [...]”, forma patética para expresar que se ha crecido en medio de la “inolvidable” guerra y bajo la que quizá, y como también se aprecia, todos quedarán. El documental fue transmitido, por segunda vez, por Caracol Televisión el sábado 9 de octubre de 2005 a las 10:00 p. m.

huellas de la guerra y del conflicto de una manera ingenua; pretensión difícil cuando la sucesión de hechos es tan incontrolable que el más inmediato de todos hace opacar los previos, así la magnitud del horror haya sido igual o similar.

El deber es, entonces, atender la reflexión provocada por cuarenta y dos años del conflicto contemporáneo colombiano que parece no acabar, y donde la salida no puede estar del lado de una declaratoria de la desmemoria, máxime cuando la aspiración es, junto con la aspiración de un cese al fuego de las partes, la de procurar la reconciliación de víctimas, victimarios y sociedad civil. Esta pretensión es loable si se asimila la memoria como el medio para exponer y dar a conocer la verdad — por dolorosa que resulte— acerca de todos aquellos hechos que bien se sabe que acontecieron, pero que aún no han sido esclarecidos a los afectados, como tampoco a la colectividad nacional igualmente lastimada por un fuego pavoroso, en el cual están involucrados los más insospechados protagonistas al lado de quienes siempre han actuado al margen de la ley.

Imponer el olvido para el alcance de la reconciliación y atraer la desmemoria para la superación del conflicto es impedir el necesario asombro a toda una nación que hoy, conmovida, observa una tras otra la sucesión de confesiones y de confesados que en aras del perdón responden a los crímenes que se les imputan; la sociedad, otra vez sobrecogida, ha sido el gran auditorio de las más insólitas y desgarradoras declaraciones.

Sólo me surgen preguntas al momento de dar el punto final a estas páginas: ¿el país está preparado para saber toda la verdad? ¿Qué dosis de verdad puede ver y escuchar el país de tal manera que luego pueda perdonar sin odiar? ¿Qué grado de verdad estamos dispuestos a soportar de forma que podamos vivir el presente y el porvenir sin el peso de un pasado lleno de retaliaciones? Son interrogantes que demandan un no al olvido y un sí categórico a toda forma de memoria: individual y colectiva; la reconstrucción de una y otra se entiende como una memoria ejemplar: “Donde para efectos curativos se exponga al público el dolor y el sufrimiento de las víctimas [...] sin fijar a los sujetos y a los pueblos en un pasado que se repite a perpetuidad”.¹⁷

[183]

¹⁷ Bueno. *Op. cit.*, p. 69.

Entrevista

En este punto cobra importancia reflexionar sobre el pasado, y más aún recobrar la memoria, pero cuidándose de una obsesión por la reminiscencia, promesa única del nocivo recuerdo. Las lecciones del complejo sufrimiento de las víctimas pueden resultar provechosas, siempre y cuando se eviten e impidan nuevas víctimas en el presente y también en el futuro.

Así, sólo así, puede pensarse en una justicia reparadora que incluya a las víctimas y sus derechos en lo que se refiere a los resarcimientos de todo orden, de los cuales ellas son acreedoras, y excluya a los derrotados, pues ninguna victoria puede planearse precedida del presupuesto de la derrota, así éste haya sido el único ejemplo registrado por la historia, pues los derrotados, al igual que las víctimas, le suelen demandar altos costos a una nación

Pilar Riaño Alcalá
Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido
Medellín, Universidad de Antioquia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2006

La década de los noventa — en particular el segundo lustro— fue prolífera en investigaciones sobre la juventud en Medellín. Sin embargo, después de este período de auge, es posible constatar el declive de la producción de conocimiento sobre los jóvenes.¹ En este período, los jóvenes eran objeto de interés investigativo en la misma medida en que hacían parte directa de la violencia desatada en la ciudad. Por eso, gran parte de los estudios trata sobre la relación jóvenes y violencia. La difícil situación de la ciudad, en esa época, demandó a las instituciones, en especial a las estatales, poner atención a un grupo poblacional al cual se adjudicaba la responsabilidad de la catástrofe. La dinámica del conflicto armado en la ciudad y la constitución más expedita de los actores armados relegaron, paulatinamente, a un segundo plano

a los jóvenes; aunque sigue siendo la juventud quien nutre las filas de los grupos militarmente confrontados. De esta manera, la configuración del conflicto a finales de los años noventa y su actual desarrollo puso otras prioridades a la institucionalidad de la ciudad y desplazó a los jóvenes de los primeros lugares de interés para el Estado, al igual que para una parte significativa de los investigadores.

En el marco de esta disminución de la producción investigativa sobre juventud y de la pérdida de interés de los investigadores por la relación entre jóvenes y violencia, aparece el libro de Pilar Riaño: *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Esta obra no sólo rescata a los jóvenes del “olvido” al que la sociedad parece tentada a condenarlos, sino que

[185]

¹ Al respecto véase: Deicy Patricia Hurtado Galeano, *et al. Cultura política y ciudadanía en Medellín. Una exploración sobre programas y estrategias gubernamentales. 1990-2003*. Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 2004.

Libros

[186]

también instala los resultados de la investigación en el marco amplio del actual debate sobre los procesos de negociación y paz, en los cuales aparece la puja entre los actores involucrados por un proceso con perdón y olvido, o uno con verdad y reparación de las víctimas. La investigadora, de la mano de la experiencia viva de los jóvenes, conduce al lector a través del presente y el devenir a partir de una visita al pasado. En este tránsito, la memoria adquiere el símil de un puente, un medio de comunicación que permite acceder y elaborar experiencias y transmitir conocimientos a la propia sociedad a partir de los aprendizajes sociales de los jóvenes. Esta reseña sólo exaltará algunos aspectos interesantes hallados al caminar por el puente, con ello se espera que el número de transeúntes aumente.

La investigación de Pilar Riaño realiza un recorrido por veinte años de la vida de Medellín (1980-2000). La autora propone como hilo conductor para el recorrido la experiencia de los jóvenes con la violencia en los sectores de estratos socioeconómicos bajos de la ciudad (zona Nororiental y Barrio Antioquia, especialmente). Por medio de distintas técnicas de investigación (propias del campo cualitativo),

explora con los jóvenes la memoria que ellos tienen sobre los hechos de violencia que vivieron en sus barrios y las distintas formas en que esa vivencia ha influido en la constitución de las maneras de ser y relacionarse de los habitantes de estos lugares. En este sentido, la pesquisa trata de establecer cómo los individuos reconfiguran sus vidas y sus universos culturales en medio de violencias generalizadas.

En este recorrido por el pasado, la investigación encuentra que las maneras como las personas nombran algunos sitios del barrio y el relato sobre las formas en que las personas aprendieron a transitar y habitar el espacio, entre otros aspectos, están signados por el recuerdo de sucesos violentos. En el texto se muestra que los jóvenes de manera individual y colectiva tienen presente muchos de los eventos violentos que han hecho parte de la historia del barrio y de sus propias vidas. Ellos son capaces de narrar oralmente las historias de muerte y muertos, hacen gala de una memoria que recuerda a las víctimas, los victimarios y el desarrollo de los sucesos. También destacan los aprendizajes, un par de jóvenes, por ejemplo, dicen haber aprendido a desconfiar como una manera para poder sobrevivir.

En este “ir al pasado”, Riaño llama la atención sobre dos aspectos: la violencia de género y la elaboración del duelo. Respecto al primero, indica que si bien existe una especie de acuerdo comunitario sobre el carácter nefasto del ejercicio de la violencia, parece no existir una postura similar sobre la violencia de género. Un pasaje de la investigación, por ejemplo, hace referencia a un momento en el cual un grupo de discusión condena la violación, pero este juicio parte por entender que la violación sólo es posible si en ella participan por lo menos dos violadores. Para resaltar este aspecto uno de los miembros del grupo de discusión alude a la metáfora de enhebrar una aguja: el hilo no puede entrar si la aguja se mueve, por tanto, es necesario de “otro” que sostenga la aguja para poder que el hilo pase.

El grupo de discusión deduce de la “enseñanza” de enhebrar la aguja que en la realidad es imposible la violación individual o que al menos es muy difícil aceptar su existencia. Tal concepción termina por autorizar la violación, en la medida en que encubre el hecho de que en la vida práctica una mujer puede ser —como efectivamente pasa— violada únicamente por un hombre. Según Riaño, este tipo de discernimiento está basado en las prácticas patriarcales del terror y, así

mismo, contribuye a mantener la violencia de género. La matriz cultural de las comunidades para explicar y valorar la violencia conlleva, por un lado, a condenar un tipo de violencia y, por el otro, aceptar la aplicación de la violencia contra la mujer.

Sobre el segundo, la elaboración del duelo, la investigación permite observar que las heridas morales están abiertas. Los jóvenes recuerdan las pérdidas y los vejámenes de la violencia con dolor, y aunque de manera individual algunos de ellos piensan saldadas las cuentas con el pasado, también es cierto que colectivamente las comunidades que han vivido un ejercicio constante de violencia no han contado con espacios comunes para llorar sus muertos. La violencia, en estas circunstancias, aparece como la vivencia de un drama inminentemente personal, la tragedia de cada individuo.

La memoria, como puente para transitar por distintos momentos históricos, permite ubicar a las personas en el hoy y asimismo bosquejar las situaciones sociales y políticas por venir. En esta instancia, debe resaltarse la intención de Pilar Riaño al juntar, según la afirmación de Martín Barbero en la presentación de este libro, dos palabras que la sociedad tiende a pensar como dos

Libros

mundos radicalmente opuestos: jóvenes y memoria. Establecer relaciones entre ambas palabras conduce a la investigación de Riaño, por un lado, a discutir con un enunciado según el cual los jóvenes viven intensamente el presente, viven a toda, sin referencia al pasado ni mucho menos al futuro; y, del otro lado, a mostrar que esa memoria viva de los jóvenes permite plantear una serie de interrogantes sobre el actual proceso de paz con los grupos paramilitares y, de manera más amplia, formula interrogantes sobre la posibilidad de una sociedad de posguerra en convivencia pacífica, cuando en su proceso de construcción la voz de las víctimas tiende a ser silenciada.

La relación entre jóvenes y memoria, tal como es tratada por Riaño, muestra que este grupo poblacional tiene memoria, hace uso de un recuerdo vivo que le habita tanto en sus historias personales como en sus construcciones sociales. Sin embargo, esta presencia de la violencia en la configuración de la cotidianidad no determina la identidad de los jóvenes ni tampoco elimina las posibilidades para recrear formas de vida. Los jóvenes logran establecer aprendizajes de su pasado, reciclan la experiencia para aprender a moverse en el hoy, aprenden de las vivencias y crean repertorios de que,

aunque quizás remoto, tiene la impronta de vivir y, llegado el caso, de sobrevivir en el acá y en el ahora.

La memoria viva de los jóvenes sobre la violencia, la forma en que ella ha incidido en sus vidas y los aprendizajes que los jóvenes han derivado de dicha experiencia para aprender a vivir, permiten a la investigación de Pilar Riaño preguntar por el escenario más amplio en el cual viven los jóvenes actualmente: la guerra irregular del país y, en particular, el proceso de paz del gobierno con los paramilitares. Y aunque en la estructura del texto este tema (tratado en el epílogo) no deja de ser algo “forzado” porque centra la atención en la violencia política mientras que la investigación en su desarrollo alude indiferentemente a distintas prácticas de violencia (delincuencial, política, de género, por ejemplo), aún así, no dejan de ser inquietantes los planteamientos de Riaño sobre un proceso de negociación donde el perdón y el olvido, al parecer como una consigna central, tiende a condenar la posibilidad de realizar duelos colectivos y de dar un lugar a la voz de las víctimas.

En este sentido, el texto llama la atención, inicialmente, sobre los riesgos que corren las víctimas al realizar actos colectivos de duelo en

[188]

medio del conflicto, pues, por ejemplo, si bien la memoria permite evocar sucesos y transmitirlos, también es cierto que tal evocación puede operar como el testimonio ofrecido por un testigo. El relato de la víctima sobre su tragedia y la necesidad de enfrentar el silencio pueden re-victimizarla. No obstante, el centro de la argumentación de Pilar Riaño recae en la discusión de un proceso de negociación y paz con perdón y olvido o un proceso con verdad y reconciliación. En este debate, la relación entre jóvenes y memoria parece advertir los riesgos de intentar decretar el olvido: las personas tienen una memoria viva que incide en sus modos de existir y relacionarse. Esta memoria consta de aprendizajes que afectan las maneras de ser y hacer de los individuos, influye en su comportamiento y expectativas de vida; al punto que esta memoria también puede ser abrasiva con la víctima, desgastarla en el deseo de justicia, en el reclamo por poder expresar en público, por lo menos, su versión sobre los hechos. De esta forma, el cúmulo de negaciones que impiden un duelo público y la conformación de una memoria colectiva y ejemplar²

pueden, eventualmente, hacer que la víctima al recordar los sucesos con sus respectivos responsables desee venganza, y reinicie el ejercicio de la violencia.

La autora de *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín* hace un llamado particular para que las voces de los jóvenes hagan parte del dominio histórico y contribuyan como testimonio a la búsqueda de la verdad sobre el desarrollo de la disputa violenta acaecida en la ciudad. Al respecto, Pilar Riaño deja planteada la siguiente inquietud: “Uno se pregunta si la ciudad puede siquiera contemplar proyectos de paz, desmovilización, reconciliación o nuevos comienzos si las voces, los testimonios de víctimas y testigos no han sido escuchados.” (p. 213) En términos del proceso de negociación que actualmente el gobierno adelanta con los paramilitares, y, contemplando un escenario de posguerra, esta inquietud toma mayor realce. Las inquietudes planteadas por Riaño pueden también entenderse parafraseando a María Teresa Uribe cuando pregunta ¿cómo transformar la memoria, las experiencias de la guerra, en aprendizajes políticos?

[189]

² Sobre memoria ejemplar, véase: María Teresa Uribe de Hincapié. “Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia”. En: *Estudios Políticos*, 23, Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre de 2003.

Libros

¿Cómo hacer para que esos aprendizajes permitan salir del círculo peligroso en el cual la víctima de ayer puede llegar a ser el victimario de hoy?³

En síntesis, la investigación de Pilar Riaño refresca los enfoques de

los estudios centrados en jóvenes y violencia, a la vez que, a partir del análisis de la relación entre los jóvenes y la memoria, introduce argumentos para abogar por la verdad y la reparación de las víctimas en el debate sobre los procesos de negociación y paz.

Adrián Restrepo Parra
Investigador
Instituto de Estudios Políticos

[190]

³ *Ibíd.*